

LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES EN EL CONTEXTO POSMODERNO

Una espiritualidad encarnada e integradora

Adroaldo Palaoro, S.J.

“La espiritualidad ignaciana fecunda el cotidiano banal del posmoderno con la fuerza movilizadora de las grandes causas de la modernidad. Ahí está su secreto para el día de hoy” (Juan Bautista Libanio).

La **Posmodernidad**, en un primer momento, se revela como desencanto frente a la **Modernidad**, que presentaba el mito del progreso a partir de la razón. Frente a los excesos de racionalidad, le apuesta a la sensibilidad y a la afectividad; frente a proyectos totalizantes, prefiere darle valor a la diversidad; frente a la preocupación por el progreso y el futuro, da más atención al presente en toda su densidad; y cuando le apuesta a la libertad se radicaliza, desemboca en un individualismo que reduce la sociedad a un conglomerado de individuos preocupados solamente por sus intereses particulares y menos sensibles a los intereses generales de la colectividad: es un rasgo muy típico del mundo de hoy.

Enfrente al fracaso de las posibilidades de la razón moderna, de toma el camino de la acomodación al ahora, al presente, que debe ser vivido con el mayor placer posible. El **pasado**, con sus experiencias y tradiciones, se descarta. El **futuro**, con sus proyectos para construirse, simplemente no se considera. La falta de **sentido de la vida** campea por el mundo. Se vuelve hacia lo máximo de la diversión (el ocio), se busca el cuerpo perfecto (estética); se construye la sociedad de la **imagen**, en la que valen las reglas del marketing, el espectáculo, la imagen, aunque distante de lo real o falseada, la liberación del deseo. Se abandonan las **utopías**, los compromisos éticos e históricos.

A través de la búsqueda de una “vida suave” lejos de los sufrimientos, se buscan todo tipo de terapias, técnicas de relajamiento, expansión de la conciencia. La religión se vuelve un “show” (espectáculo), terapia o relación mercantilista dentro del individualismo cada vez más exacerbado.

Todo se vuelve **líquido**: el amor, las relaciones, la ética, la sociedad (Cfr. Zygmunt Bauman)

Indudablemente este nuevo modo de ser abrió muchas **posibilidades** para el progreso de la humanidad y para el desarrollo de las personas: hoy somos más conscientes de la dignidad de la persona humana y de los derechos en que esta humanidad se concreta. Más allá de esto, esta dignidad y estos derechos no son solamente principios generales reconocidos por todos los

pueblos: se traducen en la exigencia de que cada individuo particular se realice como sujeto libre y responsable de acuerdo con sus legítimas aspiraciones.

Íntimamente relacionado a eso está el reconocimiento de la igualdad de todos los seres humanos, independientemente de su raza, religión, opción sexual, status social o cualquier otra circunstancia. Una mención especial merece el reconocimiento de la igualdad del hombre y de la mujer: eso tiene consecuencias que inciden sobre la familia, la educación de los hijos, la división del trabajo; en una palabra, sobre un mejor equilibrio de lo masculino y lo femenino en la sociedad.

Delante de tal fenómeno sociocultural surgen diferentes reacciones. Muchos, de manera acrítica, introyectan este modo de situarse en la vida. Algunos, desisten delante de la erosión de sentido, de las tradiciones, de las crisis y cambios rápidos, asumen una postura fundamentalista. Otros procuran entender el fenómeno, considerar los avances y la fuerza de la Modernidad para superar las dificultades y negatividades.

La experiencia de los **Ejercicios Espirituales** nos coloca en la tercera tendencia: ni acomodación al “espíritu del mundo” (Posmodernidad), ni regreso nostálgico al pasado (fundamentalismo), sino comprensión de la realidad, para creativamente, dar respuestas en la radicalidad exigida por el evangelio.

La Espiritualidad Ignaciana, por un lado exige firmeza, perseverancia y radicalidad: por otro, mucha creatividad y flexibilidad. Estando inmersos en un período de cambios rápidos, no podemos simplemente entrar en la moda, En caso contrario, estaremos adaptando el Evangelio y sus exigencias al sabor de lo pasajero y de la masificación.

Seguir a Jesucristo en la en la “Posmodernidad” no significa capitular delante de las exigencias del Evangelio para volverlo más fácil. Sin embargo, la inflexibilidad se puede constituir en un deservicio (no servicio) al Reino de Dios y la Iglesia. Son necesarios los cambios para responder con más autenticidad a los desafíos del tiempo, para buscar respuestas más plausibles a los problemas cotidianos y para asumir con más profundidad las propuestas de Jesucristo.

¿Cómo es posible la experiencia ignaciana del encuentro con Dios en una sociedad individualista?

El primer paso para una auténtica experiencia espiritual es acoger nuestra **humanidad** y la **realidad** que nos toca vivir; reconocer que en nuestra cultura posmoderna existe vida y enfermedad, que este es el contexto que se nos ofrece para vivir nuestra relación con Dios, a partir de la fe y acogiendo Su gracia. No se trata de luchar contra nuestro mundo, sino de conocerlo para advertir sus trampas. Este es nuestro contexto, en él vivimos, y, en él existen posibilidades de encuentro con el Señor.

Simplemente, tenemos un contexto diferente para vivir el **don** que se nos ha dado. Si nos dejamos conducir por ese don, generaremos nuevos contextos donde el encuentro con Dios y con los otros sea significativo. El **cristiano ignaciano** no es aquel que mira de lado para ver qué es lo que hacen los otros y poder responderles a la altura; él vive afirmativamente a partir del don originario y originante, que transforma a partir de dentro el contexto concreto en el que es acogido.

“Somos nosotros” la sociedad posmoderna: no podemos imaginarnos fuera de ella para actuar sobre ella. No podemos abstraernos de vivir en el mundo en que vivimos. Son estas, y no otras, las tendencias que nos afectan a la hora de escuchar el Espíritu y vivir la fe.

El **encuentro con Dios** se da en el **mundo** y en la **vida** tal como son; no se nos pide crear unas condiciones ideales. Acogiendo el contexto en que vivimos como una situación de gracia , y reconciliándonos con la situación que nos toca vivir, tal vez podamos recuperar la promesa germinal de la transición posmoderna a la conciencia y a la experiencia personal.

No somos nosotros los que “llevamos” a Dios a la sociedad; Él ya está allí. Cuando descubrimos que existe un **amor** que nos precede y aceptamos la gracia de vivir en Él, nuestro **mundo** se ofrece como lugar para vivir y como don que nos es dado. **Encontrar a Dios** no consiste en realizar un esfuerzo titánico para superar las condiciones adversas de la sociedad, sino dejar a **Dios ser Dios**, acoger su don y dejarnos conducir por Él con fe.

De la experiencia de amar a Dios en todas las cosas y todas en Él, nace una espiritualidad radicalmente “mundana”, de contemplación del mundo y de acción en el mundo. Liberado de la relación egoísta con las creaturas, el ser humano se vuelve un orante y un cooperador permanente del proyecto salvífico de Dios.

Se hace necesaria, por tanto, una búsqueda personal, una experiencia espiritual personalizada, no aislada, pues es en comunidad como compartimos sentido para la vida y donde las experiencias se pueden leer, interpretar, comprender, expresar y celebrar. Existe un modo personal y único de Dios para dirigirse a cada uno, y un don particular que le es dado a cada uno para el bien de todos. Una fe personalizada que nos hará eclesiales y fraternos.

Quien ve el mundo así, con una mirada singular y universal, amorosa y esperanzada, liberadora e integradora, se vuelve un **contemplativo en la acción**. Quien contempla, ama y sirve así vive enraizado en el misterio de la vida trinitaria y, al mismo tiempo, sumergido en la sociedad de su tiempo. La finalidad de la **espiritualidad ignaciana** es ayudar a las personas a hacer la experiencia personal de Dios, viviendo y obrando en el mundo. Por eso será siempre actual. En este sentido, la espiritualidad ignaciana es un puente que une **modernidad** y **posmodernidad**.

¿Dónde está la originalidad de los Ejercicios frente a este “mundo líquido”?

1) El **contexto posmoderno** en el que vivimos, marcado por la enfermedad del activismo, de la competencia y del eficientismo, nos lleva a un proceso constante de degradación de todo lo que es humano; la **deshumanización** asume contornos asustadores: la televisión, los periódicos, la radio, el internet, cada día, nos presenta la cara perversa de la historia deshumana, con un déficit de humanidad que nos inquieta.

Estamos todos contaminados por el virus de la **deshumanidad**, viviendo una **“dispersión”** profunda.

El ser humano **“disperso”** está desfalcado, despojado de su contenido humano, expoliado de su densidad antropológica, asaltado por dentro. La **“dispersión”** corroe la interioridad de la persona y disuelve aquello más noble que tiene su corazón. Lejos de una **humanidad** dinámica, operante, osada... lo que la persona deja transparentar es una humanidad neutra, apática, estancada; es una humanidad lenta, demorada, ahogada en la **“normatividad”**, estacionada en la repetición de los gestos y los pasos. Danza en torno de sí misma y no logra dar un salto liberador. Todo eso lleva a la persona a debilitarse, provocando una reducción de su vitalidad humana en lugar de favorecer el crecimiento personal.

Es en ese contexto de profunda deshumanización como los Ejercicios Espirituales revelan su actualidad y su fuerza transformadora. Centrado en la persona, el proceso de los Ejercicios moviliza y reordena todas sus dimensiones y propone un camino de plena **humanización**. Desafía a cada uno a asumir el potencial humano creativo que está latente en su interior.

Los Ejercicios Espirituales miran un solo objetivo: ayudar al ejercitante, a que delante de Dios, tome su propia vida en sus manos y se vuelva más **humano**. Por eso, es colocado en condiciones de construirse a sí mismo, ampliar sus horizontes estrechos y optar por ser un eterno peregrino. Esta trayectoria, en la que se realiza su **humanización**, no tiene fin, ya que los Ejercicios despiertan un continuo dinamismo de crecimiento integral, y su maduración y compromiso en un mundo y en una sociedad donde impera la deshumanización.

Se entiende la “humanidad” como la capacidad de ser oblativo, de donarse, de ser-para-los-otros, de romper la tiranía del egoísmo y hacer del amor la pauta del obrar. Del corazón de las personas humanizadas brotan gestos de misericordia, de compasión y de solidaridad.

La espiritualidad auténtica coloca la **humanidad** en permanente nacimiento; teje las fibras de la existencia humana. **Espiritualidad** que recupera la aventura emocionante de llegar a ser persona y enseña a vivir humanamente. Una **espiritualidad** que despierta el **“ser humano”** que todos llevamos dentro, que nos ayuda a construir nuestra personalidad y a orientar nuestra vocación en el mundo. Se trata de desarrollar la semilla

de sí mismo, de promover no el conformismo y la sumisión, sino de dar alas a la libertad. Espiritualidad que posibilita escoger la **vida**, asumirla como proyecto y vivirla con pasión.

2) En nuestro contexto “Posmoderno” , el ser humano “**disperso**” es un ser humano “**desordenado**”, o sea vive seducido por los estímulos del ambiente, envuelto en las llamadas que vienen de fuera, cautivado por los medios, por las innovaciones rápidas, magnetizado por las ofertas alucinantes... Entonces, él se vacía, se diluye, pierde la interioridad y... se deshumaniza. La **exterioridad** absorbe la **interioridad** humana. La persona huye de sí misma, tiene miedo de encontrarse. Por eso acompaña del ritmo de los otros, repite el lenguaje de los demás, adopta los criterios de los otros...y acaba influenciada y dominada por presiones y hábitos externos.

¿Qué puede decir la **espiritualidad ignaciana** al ser humano del tercer milenio?

Un aspecto decisivo emerge de los Ejercicios, entre tantos otros: el valor de lo **interior**, o sea, todo lo que se refiere a la dimensión del corazón, de las intenciones profundas, de las decisiones que surgen de las raíces internas. San Ignacio contribuyó decisivamente para examinar, comprender y purificar las sendas del corazón humano y nos dejó una metodología de decisión interior que está en la base de todo itinerario espiritual. Fue un aprendiz del Espíritu, uno de los hombres más “interiorizantes” que nos posibilitó el camino en dirección a la frontera de la **interioridad**.

San Ignacio estuvo siempre atraído por la **interioridad** y la **profundidad**. Llega a Loyola, herido y humillado por defender fronteras políticas, pero deseoso de continuar conquistando otras; camina hacia las **fronteras** de su propio “yo profundo”, sumergiéndose en sí mismo y en sus recuerdos; no tuvo miedo de sí mismo, de su pasado, acercándose a los límites de la sinceridad y la transparencia.

El silencio forzado de su cuarto de convaleciente revela regiones no contaminadas en su corazón. Todo comienza a percibirse como **nuevo**: “...le parecían nuevas todas las cosas” (Aut. 30).

A partir de ahora, las viejas **fronteras** geográficas y políticas por las que Ignacio luchó apasionadamente serán reemplazadas por otras, aquellas del **corazón** humano: rendición de una fortaleza, cambio de bandera y del señor en el propio corazón, dislocamiento de sí mismo, deseo de situarse con el Señor en los “extremos” humanos... No renuncia a continuar viviendo intensamente; pero todavía conserva, prodigiosamente intacta, sus capacidades de soñar y de alimentar aspiraciones grandiosas; brotan en él **esperanzas** dormidas y **deseos** ocultos.

Es propio del ser humano bucear y experimentar su **interioridad-profundidad**. Auscultándose a sí mismo, percibe que brotan de su “yo profundo” llamadas de compasión, de amor y de

identificación con los otros y con el grande Otro (Dios). Se da cuenta de una Presencia que siempre lo acompaña, de un Centro alrededor del cual se organiza la vida interior y a partir del cual se elaboran los grandes sueños y las significaciones últimas de la vida.

Esa **interioridad** es un modo de ser, una actitud básica para ser vivida en cada momento y en todas las circunstancias. Aún en las actividades cotidianas más simples, la persona que creó un espacio para la **profundidad** y la **interioridad** se muestra centrada, serena y llena de paz, caminando junto con los otros en la misma dirección que apunta a la Fuente de la vida y de la eternidad. Se sabe y se siente habitada por uno **Mayor** que es una Fuente radiante de ternura y de amor. Irradia vitalidad y entusiasmo, porque lleva a Dios dentro de sí, lleva el Sentido del universo, de cada cosa. Acoge e interioriza experiencialmente ese Misterio sin nombre y permite que Él ilumine su vida; dialoga y entra en comunión con Él, ya que lo detecta y lo siente en cada detalle de la realidad. Toda experiencia espiritual significa un encuentro con el rostro nuevo y retador de Dios, que emerge de los grandes desafíos de la realidad histórica.

A partir de la interioridad, todo se transfigura, todo tiene sentido, todo viene cargado de veneración y sacralidad. Vivir la interioridad es desarrollar nuestra capacidad de contemplación, de compasión, de asombro, escucha de los mensajes y de los valores presentes en el mundo-

3) Una paradoja de la “Posmodernidad”: en cuanto la tecnología nos permite aumentar nuestros conocimientos de lugares y personas tan distantes de nosotros, al mismo tiempo crece el **miedo del “otro”**, de aquel que es “diferente” de nosotros, de aquel que no pertenece a nuestra raza, religión, cultura, encerrándonos en pequeños mundos. “A medida que la sociedad se hace cada vez más globalizada, nos hace a todos vecinos; pero no nos hace hermanos” (Benedicto XVI).

Una de las fronteras que nos desafía hoy es la **universalidad**, en sentido ignaciano de amplitud de pertenencia y de preocupaciones y responsabilidades. La mística ignaciana da un realce a la **universalidad** al acentuar la urgencia de una perspectiva universal que nos permita **mirar** más allá de nuestras estrechas preocupaciones y tímidas acciones. Es necesario adoptar una amplitud de visión y espíritu que pase por encima de los sectarismos estrechos de tal modo que podamos trabajar juntos: colaboradores y compañeros de misión.

Concretamente: **¿Qué podría significar esta frontera de universalidad para la espiritualidad ignaciana hoy?**

En **primer lugar**, como fruto de la experiencia de los Ejercicios, las personas deberían tener un sentido de responsabilidad más amplio que aquel que reina en sus familias,

clase social...Hombres y mujeres cuyos corazones se universalizan y dilatan de tal manera que sienten compasión por los pobres y excluidos.

En segundo lugar, los Ejercicios Espirituales ayudan a romper nuestro estrecho sentido de pertenencia a un grupo particular (religión, movimiento...) Cuál es el impacto de nuestra espiritualidad en las políticas públicas (educación, administración, salud, vivienda...)

¿Qué más podríamos hacer para servir y ayudar a tantas personas con tan escasos recursos? ¿Cómo compartir nuestra herencia y nuestros recursos con un número mayor de personas, especialmente los pobres?

4) Todo momento histórico explicita los **deseos** humanos y convive con **contradicciones**.

En la llamada **Posmodernidad** pegada a la economía de mercado, los **deseos** se sitúan en la línea de la estética de la moda, del cuerpo escultural perfecto, de los inmediatismos, de la vida feliz dentro de los parámetros de un individualismo consumista exacerbado, de la religión del éxito y de una existencia “suave” sin compromisos definitivos o muchas preocupaciones.

El ser humano es un ser de **deseo**, y estos no tienen límite. Y en la punta de los deseos están el **poder** y el **dominio** sobre las “**cosas**”. Consumir consigue unir estas dos pasiones. Primero, nos apropiamos de las cosas. El ego se satisface grandemente con la abundancia de los bienes. Luego, muestra su dominio sobre ellas, usufructuándolas hasta la saciedad.

Esta es la trampa más perversa del consumismo: transformar los deseos en necesidades, dinamizar los deseos seduciéndolos para que se conviertan en necesidades altamente sentidas, no siendo vitales sino meramente superfluas y banales. La lógica de la acumulación consiste en esto: vivir en una insatisfacción permanente basada en la conciencia de que se podría tener más y mejor. Una vez adquirido algo, la duración de la satisfacción es mínima, luego la persona se pone a pensar que más puede necesitar.

El consumidor se apega a los deseos y llega a olvidar sus verdaderas necesidades.

Ese mecanismo inconsciente esteriliza también la posibilidad de solidaridad y del compartir. Si nuestros deseos se sienten como necesidades, siempre estaremos teniendo necesidades y ninguna riqueza será suficiente para satisfacer nuestras necesidades y no nos sobran bienes para compartir.

El proceso de los Ejercicios despierta los **deseos** genuinos que llevamos dentro. El seguimiento de Jesucristo, en cualquier época, presupone la purificación del corazón y la expresión de

nuestros deseos, sueños, proyectos, ideales y compromisos. Ciertas actitudes dejan nuestros proyectos y deseos más acá de donde deberían estar e, infelizmente, encontramos muchas veces justificaciones a nuestro acomodo, para servir menos o vivir en función de nosotros mismos.

Una **elección** de vida no se sustenta racionalmente, en base a deseos superficiales o del deseo de los otros. Menos aún en la cristalización de ciertas tomas de posición. La claridad de nuestros **deseos** purificados por la experiencia de Dios en Jesucristo es el vigor y la consistencia de nuestra elección. En esa purificación, nos ayuda mucho el contacto con el mundo de los excluidos, de los pobres y sufridos. Muchas veces, purificar los **deseos** del corazón presupone hacer otras opciones dentro de la propia vida cristiana: otros compromisos, otros desafíos, nuevas posturas, nuevos métodos, etc...

5) Estamos viviendo un tiempo de **fragmentación**, múltiples referentes, relativismos y poca consistencia en las **decisiones**. Esta realidad nos pide mucha sabiduría, lucidez y **discernimiento**. En una época en que la tecnociencia se desarrolló mucho y todo se realiza de forma rápida, el peligro grande es transferir al reino de la vida (con su ritmo propio para la madurez de los procesos) el **inmediatismo** de la técnica. Resultados rápidos no son duraderos, porque desconocen la importancia del tiempo, la interiorización de los procesos de descubrimientos, construcciones, etc...

Todo demanda tiempo, energía, paciencia, errores y aciertos, revisiones, retrocesos, avances, etc. El **inmediatismo** lleva al desencanto, a la sensación de incapacidad e incompetencia de muchos. La búsqueda de frutos, resultados, cambios rápidos de las personas con quienes trabajamos, de las comunidades y estructuras pueden llevar a grandes frustraciones. Olvidamos que la acogida del Reino y nuestra cooperación a su edificación se dan en la lógica de la parábola del sembrador (Mc. 4, 1-9). Siempre hay un margen de fracaso.

Marcados por la **ignacianidad** e insertos en la cultura del espectáculo, de la imagen y de las relaciones y compromisos cada vez más líquidos e inconsistentes, necesitamos de una seria **lucidez**. Un buen testimonio y el mayor servicio nos piden una capacidad de **"leer"** la realidad, muchas veces utilizando los instrumentos científicos que nos ayudan en la comprensión del mundo, aliada a una profunda sensibilidad para oír los llamados del Espíritu que actúa en el interior de cada uno y en la realidad histórica. El lugar donde estamos y la forma como vemos la realidad condiciona y determina nuestra postura y acción. Muchas veces vemos todo a partir de nuestro lugar de lo sagrado, con ingenuidad y apartamiento de la vida real de las personas.

Porque todo está cambiando, es necesario un **discernimiento** permanente. Y el discernimiento es la manera de vivir en medio de un mundo en constante cambio.

Tenemos que redescubrir nuestro propio mundo prácticamente en cada generación. Cada generación tiene que redescubrirse a sí misma, redescubrir el cristianismo, redescubrir las respuestas al Evangelio de Jesucristo. Las situaciones nuevas piden nuevo discernimiento, creatividad nueva y nuevas respuestas. Exige percepción, sentimiento, respuesta, capacidad de reacción, de hacer frente a la realidad, etc.

6) El **individualismo** es un fenómeno complejo y ambiguo. En él se concentran las bendiciones y maldiciones de la posmodernidad. Por un lado, en su origen, el **individualismo** conlleva promesas que continúan configurando actualmente nuestros deseos: libertad, autonomía, independencia, desarrollo del yo, felicidad del individuo... Por otro lado, el individualismo destruye el mundo común de los vínculos sociales y no cumple las promesas, dejándonos en un desierto de desarraigo y soledad.

La promesa del “individuo creciente” se convirtió en “individuo menguante”. El “yo”, seguro de sus posibilidades, se convirtió en un “yo mínimo” que busca solamente “sobrevivir”. Nos comprendemos a nosotros mismos como individuos que deciden libremente; sin embargo, nos encontramos sometidos, queramos o no, a todo tipo de dependencias y obligaciones que no elegimos. Delante de la inseguridad de quedarnos solos en nuestra propia capacidad de juicio, miramos para ver que hacen y piensan los otros; con eso, nos hacemos más dependientes de la opinión pública en relación con lo que se debe pensar, lo que se debe hacer, lo que se debe ver, o lo que se debe comprar.

Resultado: el individuo autónomo, autosuficiente y buscador de la felicidad, que se concebía a sí mismo sin necesidad de los otros y creía tener su destino en sus propias manos, se vio más frágil y limitado de lo que pensaba. Emancipado de la tradición, de la costumbre y de los antepasados, se fue quedando sin raíces, centrándose en sí mismo y encerrándose en la soledad de su propio corazón.

Aquel que quería ser único y centrado sobre sí mismo se convirtió en **masa anónima**. La soledad desenraizada y desolada, características de las masas de este contexto posmoderno no es la fecunda y plenificante soledad del monje o del filósofo, sino una soledad que aparta a las personas de sus semejantes, de sí mismas y de Dios; una soledad que se traduce en fragilidad e impotencia extrema en los individuos, hiriéndolos en su existencia por la falta de sentido en todo lo que hacen. Las personas continúan moviéndose entre una omnipotencia y una impotencia que no son humanas y continúan convirtiéndose en engranajes de una máquina acelerada que las usa y las cosifica. Una experiencia que nos revela esta situación y que, infelizmente, se va haciendo cotidiana es el “stress”, cuyo resultado es la soledad que arrasa la interioridad, que incapacita para pensar y experimentar, y que produce una sensación de superespontaneidad.

El problema espiritual del **individualismo** no está en el hecho de que los bienes buscados – libertad, felicidad, autonomía, pensamiento propio- sean malos, sino en el **modo** de buscarlos: el individuo se absolutiza a sí mismo y se convierte en su única referencia. El deseo de ser “hijo de sí mismo” configura un sujeto espiritual problemático. Para un sujeto autocreado, autojustificado y autosalvado, sobra Dios, Cristo, los otros y la comunidad.

Él se conformará con formas vagas de espiritualidad portadoras de bienestar emocional, sustento para mantener los ideales sobre sí mismo. En el contexto del individualismo, el interés por Dios, por el otro y por la espiritualidad no se pierde. Sin embargo, la solicitud por el otro o la relación con Dios se mantiene como intereses del **yo**. Para el individuo posmoderno, todo, incluso aquello que es más sagrado, puede convertirse en objeto de preferencia personal.

Se hace necesaria, por tanto, una búsqueda personal, una experiencia espiritual personalizada, no aislada, porque es en comunidad como compartimos sentido para la vida y donde las experiencias pueden ser leídas, interpretadas, comprendidas, expresadas y celebradas.

Existe un modo personal y único de Dios de dirigirse a cada uno, y un don particular que le fue dado a cada uno para el bien de todos. Una fe personalizada que nos hará **eclesiales y fraternos**. Apasionado por Dios y por su actuación en el corazón de las personas. San Ignacio sueña en que los otros participen plenamente de este amor, por el cual se dejó invadir enteramente, aceptando caminar con cada uno, para que, al final, abriese el corazón y la acción de Dios.

El ejemplo de Jesús que forma a sus doce apóstoles y los envía a evangelizar, San Ignacio emplea todos los esfuerzos para constituir una **comunidad** de ideal y de misión.

El fundamento es que el Dios Creador es **Amor Trinitario**, es comunión de **Personas** (Padre, Hijo, Espíritu Santo). Como creaturas fuimos tocados por la marca **trinitaria** de Dios.

Como hombre y como mujer, traemos esta **fuerza** interior que nos hace “**salir de nosotros mismos**” y crear lazos, fortalecer la comunión... El ser humano no está hecho para vivir solo; necesita **con-vivir, vivir-con-los-otros**. La **fraternidad**, la **vida en común** se mide por el amor, por actos y gestos de donación, por vivencias de comunión, por experiencias reales del compartir... El ser humano es un ser constitutivamente **abierto**, esencialmente en referencia a otras personas: establece con los otros una interacción, se entrelaza con ellos, y forma un **nosotros**: la **comunidad**.

Las dos realidades –**persona y comunidad**- no se oponen, sino que se condicionan y se complementan. “La **persona** hace la **comunidad** y la **comunidad** hace la **persona**. El sentido de la **vida en común** es un don de Dios, que nos fue dado a todos.

El sentido del término **comunidad** nace de la experiencia profunda y radical de la vocación cristiana a la que fueron llamados sus miembros por el bautismo. La **comunidad** es una experiencia concreta de unidad en el **amor** y en la **acción**; será el sacramento del amor de Cristo a todos sus miembros. La **comunidad ignaciana** es una comunidad que vive el espíritu de los Ejercicios, para encontrar y aceptar la Voluntad de Dios en la misión (servicio); es el ámbito adecuado para llegar a personalizar la **fe** y vivir-la en con-vocación y corresponsabilidad con los otros; es el **lugar** muy válido para la formación, en espiritualidad ignaciana, de los cristianos comprometidos con su fe y con la evangelización de su medio.

La personalidad **ignaciana** tiene que ser también promotora del “**cuerpo**” que para San Ignacio es la experiencia de la **comunidad**. Una persona ignaciana no es una “**personalidad aislada**” sino abierta a la comunión y a compartir con otros. Una **comunidad ignaciana** no es un fin en sí misma. Debe ser una comunidad abierta, apostólica, reunir para el servicio a todos los, siguiendo las huellas de Ignacio, quieren unirse para trabajar con Jesús.

Una **comunidad ignaciana** es una comunidad “**conspiratoria**”.

Conspiración, palabra bonita de orígenes olvidados.

Conspirar, con-inspirar, respirar con alguien, juntos.

Conspiradores: respiran el mismo aire, el mismo sueño, la misma utopía del Reino.

Es este el origen y la finalidad de cada **comunidad ignaciana**: ser compañeros de Jesús en su misión, asociarse para responder mejor al llamado del Rey Eterno, vivir como comunidad de apóstoles en el mundo. El carácter **apostólico**, el sentido de universalidad y el enfoque **eclesial**, tan característicos de la tradición ignaciana, piden una expresión **comunitaria** que aun respetando el principio de la encarnación en realidades concretas y diversas, abre a la persona a la complejidad de los problemas del mundo y de la Iglesia, impulsándola a sobrepasar los límites geográficos, afectivos, ideológicos, sociales, de edad...

El gesto de Jesús en el lavatorio de los pies (Jn. 13, 1-21) señala el tipo de **diaconía** (servicio) que debemos ejercitar. Primero, salir de nuestro lugar, despojarnos de las propias vestiduras, vestir el delantal y descender hasta los pies de hermanos y hermanas. Pies encallecidos en el camino de la vida, heridos, maltratados y cansados. La calidad de nuestra vida cristiana será “medida” por calidad de nuestras **relaciones**. Hoy, más que nunca, la evangelización se hace a través del contacto entre las personas, por nuestra presencia y transparencia del Dios apasionado por sus creaturas. Del servicio del lavatorio de los pies brota también la santidad a la que somos llamados: ser enteramente humanos en lo que hacemos y vivimos. Santidad es llevar a buen término, al desarrollo posible en gracia, cada rasgo de nuestra personalidad.

7) La concepción de **belleza** cambió con la llegada del posmodernismo. Se produjo una ruptura entre **belleza** y **ser**. Desaparece la belleza como seducción y prolifera la belleza como producción. El mundo pierde la profundidad de la **belleza** y sin ella el bien pierde capacidad de atracción.

El ser humano posmoderno, inmerso en la civilización del ruido, olvida su identidad esencial de ser contemplativo y se sumerge en la voracidad del dominio, de la manipulación y el consumismo. Su mirar apesado y violentado por la rapidez de las imágenes de los medios de comunicación social pierde el sentido de admiración.

¿Para donde va esta humanidad con una capacidad tan pequeña de hacer silencio delante de la **belleza**, y al mismo tiempo con tan grandes deseos de convertir esta belleza en mercancía?

En una cultura marcada por intereses consumistas, la persona ignaciana trata de desarrollar la gratitud por tanta **belleza** que existe en el mundo, por las relaciones gratuitas, por la bondad que existe entre las personas, por el compartir entre los pobres, etc. En el proceso de los **Ejercicios** se despierta la sensibilidad hacia lo **bello**; se abre la oportunidad de una nueva síntesis entre la **bondad** y la **belleza**, con tal que la apariencia no sea el elemento determinante y si la puerta de entrada para el ser-que-se-manifiesta. La belleza se fundamenta en el interior, y la luminosidad que brota cuando alguien llega a ser lo que fue llamado a ser. La **belleza** genera la **bondad**. La existencia humana se justifica estéticamente. Estamos destinados a la belleza.

La **belleza** es la llave del misterio y la llamada al trascendente. Convida a saborear la vida y a soñar el futuro. La **belleza** confiere sentido y dignidad a cada detalle de la vida y lo rescata de su cotidianidad humilde y repetitiva; tiene una fuerza terapéutica para el ser humano posmoderno, tan dado a la eficiencia y al utilitarismo. La **belleza** no consiste en adornar artificialmente las cosas, sino en descubrir su dimensión de eternidad. Escondido en lo más profundo de la realidad un palpitar de la **belleza** que solo un corazón contemplativo es capaz de percibir.

San Ignacio, un hombre sensible a la **belleza**, durante los Ejercicios convida al ejercitante a contemplar el Evangelio como los artistas. Los Ejercicios Espirituales dan importancia a las experiencias de la **sensibilidad** y la **contemplación**, del **sentimiento** y de la **admiración**. Mediante la **belleza** nos podemos aproximar mejor a los misterios y a las verdades de la fe.

La belleza conmueve nuestro interior y nos hace contemplativos. Nos conduce más allá de la dictadura del consumista de este mundo, haciéndonos sumergir en otro mundo no fundamentado por el interés y por la factura de ganancias-gastos, por la eficiencia y la utilidad. La **belleza** nos ayuda a crecer en fineza, en apertura, en sensibilidad, en intensidad...

8) Los patrones de **consumo** y **belleza** impuestos por la sociedad posmoderna y por el mercado tienen un fuerte impacto sobre la **corporalidad**. El ser humano como **cuerpo** en relación consigo mismo, con los otros, con la naturaleza y abierto a la trascendencia, se va fragmentando. El cuerpo humano sujeto de relaciones subjetivas con otros sujetos desaparece.

El culto al cuerpo vistoso y vigoroso está de moda: se favorece la salud y la estética. La falsedad deshumanizante del cuerpo aparece cuando se le ve como fin en sí mismo. Para la publicidad el cuerpo es un negocio. Tenemos muchas ofertas para el cuerpo: gimnasios, academias, cosméticos, bioenergéticos, yoga, expresión corporal, cirugías plásticas, implantes, masajes... Parece extraño, pero para que el cuerpo viva de un modo confortable y placentero, es necesario maltratarlo. Cuidarlo si, idolatrarlo no; es necesario caminar superando el miedo y la sospecha del cuerpo, pero sin idolatrarlo.

En un contexto social que “cosifica” tanto el cuerpo, es profundamente revolucionario afirmar que Dios acontece en el mundo cuando el **cuerpo** humano es reconocido como ser humano en una red de relaciones. Todo el cristianismo gira en torno al **cuerpo**: el misterio de la Encarnación, la fe en la resurrección corporal de Jesús y la presencia sacramental de Jesús en el pan, que alimenta el cuerpo. La fe cristiana sacraliza la **corporalidad humana**, templo vivo de Dios, y repudia todo aquello que la profana: opresión, exclusión, humillación, violencia, preconceptos, hambre, etc... Por eso, solo habrá futuro digno cuando todos los vivan en comunión, saciados del hambre de pan y de belleza.

La **espiritualidad ignaciana** quiere ser una palabra de esperanza para los **cuerpos** que lloran machucados en su entero ser. Es una **espiritualidad** que partiendo del cuerpo significa redimirlo, acogerlo en el bien que trae, en su materialidad con un abrazo divino.

Espiritualidad y **corporeidad** no representan realidades extrañas, paralelas, o aún opuestas, sino vivencias que se influyen mutuamente, en permanente ósmosis entre ellas: una no puede existir sin la otra, y solamente en una correspondencia unitaria construyen, realizan y revelan la totalidad de la persona. El “**lenguaje espiritual**” acompaña el “**lenguaje corporal**”, así como el lenguaje del cuerpo refuerza el lenguaje espiritual.

Los **Ejercicios espirituales** son “corporalmente espirituales” y “espiritualmente corporales”. El proceso de oración ignaciana va “abriendo” el cuerpo de tal forma que acontece la “**incorporación**” del Misterio de Dios, interiorizado progresivamente a través del encuentro con la corporalidad de Jesús. La realidad contemplada va invadiendo la persona de tal modo que su **cuerpo** va siendo pedagógicamente conducido a transformar-se en “señal” del Espíritu por el cual se deja atraer a lo largo del proceso que va viviendo.

La oración se hace cuerpo y el cuerpo se hace oración. Todo el cuerpo del ejercitante se convierte en “caja de resonancia” de la presencia de Dios en el mundo (comunión) y por el cual va buscando y encontrando su “lugar en el mundo” (misión); su cuerpo va pasando de la dispersión a la atención, y deja resonar en aquella voz que le habla cada vez con más fuerza atractiva de un mundo hasta entonces “inaudito”.

9) El **relativismo** de la sociedad Posmoderna corre el riesgo de conducirnos, a los hombres y mujeres de una rica tradición espiritual en la Iglesia a la dictadura de la nostalgia. Pasamos a inspirar un aire de gravedad, serio, conservador en nuestras prácticas, vivencias y compromisos como si el pasado fuese mejor. El riesgo de perder la alegría, la suavidad de la vida (aun presuponiendo compromisos serios ya que no se trata de una espiritualidad light) nos puede hacer olvidar que la verdadera tradición ignaciana se refiere a la transmisión viva de **experiencias**, que se renuevan siempre para permanecer actuales y adecuadas.

En el imaginario actual **“light”** se asocia a **“ligereza”**, no solo física, sino también psicológica, comportamental e institucional. Una “persona light” rechazaría la rigidez, o sea, aquello que es duro y pesado. Cultivaría, en contrapartida, la flexibilidad, la proactividad y una mirada encantada con el mundo. Los rasgos de la cultura **light** son ambivalentes. Tienen un lado luminoso (light significa luz) y un lado tenebroso. La **“ligereza”** es una característica saludable en el ser humano y necesaria en sus instituciones.

El problema se presenta cuando se absolutiza solamente un lado y se ignora el otro: el del compromiso, la perseverancia, la renuncia, la fidelidad... En sentido positivo, la persona “light” considera la existencia como dádiva. Con una flexibilidad sana, la persona hace opciones, asume lo que éstas significan y las reafirma en el curso de la existencia. La persona vive los compromisos con más realismo y humildad, no a consecuencia de una fórmula externa, sino por el empeño que brota del núcleo de la libertad humana. Algunos denominan esa postura **“fidelidad del corazón”**. Comporta simultáneamente firmeza y sufrimiento, ligereza y placer.

Yendo a la raíz de la **“ligereza”**, los Evangelios nos revelan que Jesús, en algunos momentos, se mostró muy exigente con sus discípulos (Lc. 9,23). Al mismo tiempo que les exige entrega, prioriza la gratuidad del amor: “Quiero misericordia y no sacrificios” (Mc. 9, 13). Tiene la osadía de mostrar que muchas “normas” de su tiempo no son importantes ni necesarias: “el sábado fue hecho para el ser humano, no el ser humano para el sábado” (Mc. 2, 27). Esa “ligereza” de Jesús desconcierta a sus enemigos y desequilibra las certezas de sus seguidores.

En Mt. 11, 28ss, Jesús se nos presenta como la propia “ligereza”, que nos acoge y nos conduce. El propio maestro se muestra flexible, al punto de revisar sus posiciones delante del clamor de

la pobre cananea (Mt. 15, 21-28). Tiene mucha claridad acerca de su misión, sin embargo, es capaz de revisar sus planes y acoger lo inesperado. Sin duda, una gran “ligereza”, en Él y con Él podemos reposar, alegrarnos, cantar y vivir con alegría y generosidad. Él es la ligereza luminosa.

Por tanto, la “**ligereza**” consiste en cultivar la gratuidad, la alegría, la simplicidad, el contentamiento y el sentido del humor como elementos decisivos de la vida, en contraposición al pesimismo y al perfeccionismo. La “ligereza” es un contrapunto a las demasiadas exigencias del mercado, basadas en la competencia y en los resultados a cualquier costo.

10) Vivimos en una sociedad asfixiada por el **consumo**. Las trampas del **consumismo** invaden todos los ambientes y provocan un cambio en el sistema de valores. La obsesión ciega de querer “**tener**” cada vez más para poder “**consumir**”, y consumir constantemente, representa el ideal social. Somos bombardeados por el poder de la publicidad, para quien el “**tener**” y el “**placer**” de consumir se convierten en objetivos e imperativos de la vida de todo ciudadano.

Ese comportamiento genera un estilo y un concepto de la vida que petrifican nuestra sensibilidad y nos impiden vivir los valores esenciales del Evangelio. El **consumismo** reduce cada vez más el espacio de solidaridad, de gratuidad, de comunión de los bienes...; anestesia la persona que se consume en el trabajo porque su vida depende de las “**cosas deseadas, idolatradas**”, verdadera obsesión; oscurece los horizontes del espíritu, y, sin luz, el consumidor no consigue **leer** los vestigios ni la presencia viva de Dios “en todas las cosas”.

La **espiritualidad ignaciana** toma posición clara delante de las “**cosas**”. Nuestra relación con ellas es uno de los temas estratégicos en los Ejercicios Espirituales; es un tema que traspasa todo el caminar del ejercitante y está presente en las meditaciones y consideraciones centrales de su proceso.

San Ignacio presenta las “**cosas**” como problema principal para conquistar la “**libertad de**” y dar sentido radical a la “**libertad para**”, colocando en orden los afectos desordenados, y posibilitando alcanzar la verdadera finalidad de la vida. Si el consumismo impone como objetivo e ideal el “**tener**”, la espiritualidad ignaciana pretende liberarnos de esta pasión para colocar todo a favor del auténtico “**ser**”.

Las “**cosas**” no son despreciables ni carecen de valor, pero nuestra relación con ellas está en función de su potencial dinámico para ayudarnos en aquellos que buscamos por encima de todo.

El ejercitante, al sumergirse en la dinámica de la fe, se aproxima y reflexiona sobre todas las “**cosas**” que lo cercan, reconociéndolas en su verdadero lugar, valor y sentido.

Las **“cosas”** se nos presentan como ofertas tentadoras permanentemente. Lo que interesa a San Ignacio es la actitud y el comportamiento afectivo interior de cada persona con relación a ellas. Las **“cosas”** existen, están **“ordenadas”** para colaborar con el ser humano, son un medio para que pueda lograr su fin: vivir la relación plena con Dios Amor.

La regla sabia maestra de nuestra relación con las **“cosas”** está definida en el uso del **“tanto... cuanto”**, o sea, que “el ser humano ha de usar las cosas tanto cuanto lo ayuden para su fin, y debe apartarse de ellas tanto cuanto sean impedimento para eso” (EE. 23).

El ejercitante no se aparta de las **“cosas”**, las usa **“tanto... cuanto”**, busca en ellas no el consumo, sino su potencial de **medios**, y las contempla para descubrir en ellas los vestigios, las evidencias de que son señales del amor y de la presencia de Dios; y a través de ellas, llegar al encuentro con Él.

Las **creaturas** no son puro objeto de consumo, porque Dios “se manifiesta en ellas, y aunque no agote en ninguna, ni en todas juntas, todas Lo reflejan”. Por eso mismo “podemos procurar, pensar y amar a Dios en todas las cosas y a todas en Él” (San Ignacio, Const. 288).

Para que esa preferencia sea absoluta, debemos **“hacernos indiferentes”** delante de todas las cosas que aprisionan nuestro afecto, porque no nos ayudan a alcanzar el fin que nos propusimos como sentido de nuestra vida.

San Ignacio, en los Ejercicios, nos ayuda a cambiar la imagen del **“mundo”** y de las **“cosas”**, para ver el mundo de otra manera, verlo con los ojos de Dios y para descubrir en él y en la historia la presencia, la acción y el amor del Creador. El **mundo** donde vivimos y el **cosmos** que nos envuelve son **“don”** de Dios para la humanidad. No es un enemigo de quien debemos huir; es el espacio de Dios y de su relación con nosotros y de nosotros con Él, donde Dios **“trabaja”** para nosotros, donde podemos encontrarlo y tener acceso a su amor.

La **naturaleza** no es un lugar para la expoliación y la devastación, sino para la alabanza y el servicio a Dios. No fue hecha para el consumismo, sino para la vida; no es para que unos pocos se apropien de ella como dueños, sino para cubrir y alimentar; no es campo para la guerra, sino para la convivencia fraterna, la solidaridad, la justicia y la paz.

Para desarrollar esa capacidad de ver y contemplar, con ojos críticos y místicos al mismo tiempo, San Ignacio nos ayuda a reflexionar, meditar, considerar nuestra propia situación en el mundo, nuestras relaciones con todo lo que existe, la actitud de nuestro contexto social, las cosas de las que podemos disponer y el uso que debemos hacer de ellas, partiendo de la certeza de que todo lo que existe es don de Dios y medio para alcanzar el fin para el que fuimos creados.

11) El mundo en que vivimos, hecho de códigos y números, de tecnología y de anonimato, de fríos cálculos y de robots telecomandados... lleva a una vida en continua aceleración: “fast food” y “fast track (comida y vías rápidas), fast forward (envíos rápidos) y as soon as posible (lo más rápido posible), forma seres humanos **tecnocéfalos** y hace que todos adolezcan de **activismo**, de **competencia**, de **eficientismo**; ofrece una hiperinformación que quita el sabor a las cosas, instauro una cultura que no flexibiliza la vida interior y el recogimiento, no cultiva **afectos**, **emociones y sentimientos**.

El **ser humano** no es solamente intelecto y frío raciocinio; no obra solamente como rígido observador de los deberes y en razón de los imperativos morales. Es capaz también de **sentir y vibrar**, reconoce la exigencia de amar y ser amado, alimenta afectos y cultiva sentimientos.

El ser humano es también voluntad libre y existencialmente tiende al bien y lo bello, posee un corazón y se alimenta de **afectos**, tiene deseos y se lanza hacia adelante, con impulsos de amor, se apasiona, posee sensibilidad y emociones, se conmueve. Es el **afecto** el que, animando las energías que tenemos y que constituyen el patrimonio del que disponemos, evoluciona hasta cambiarse en pasión.

Los grandes hombres y mujeres, los grandes santos y santas se volvieron tales, sobre todo, por la fuerza afectiva de la cual disponían: fueron hombres y mujeres de grandes **pasiones**. Las **pasiones** que “experimentamos” son necesarias para la vida, porque, en nuestra existencia mortal, no podemos vivir absolutamente sin ellas. Necesitamos concedernos espacios de calma para probar la **verdad**, contemplar la **belleza**, saborear los inestimables **valores** presentes en la gratuidad y en el don desinteresado, alimentarnos de valores humanos y cristianos que, impregnados de futuro, hagan bella la vida de hoy.

En verdad, los verbos “**satisfacer, saciar, probar, encariñarse...**”, con los sustantivos “**sentimientos, afectos, gusto...**”, marcan de una extremidad a otra, el proceso de los Ejercicios de Ignacio de Loyola. Quien los hace debe procurar encontrar “**sentimiento y gusto, satisfacción y alegría**”, debe estar atento para evocar los “**valores afectivos**”, rezar con “**mucho afecto**”, volviendo a los pensamientos que favorecen la “consolación” y a proceder de modo que quede “**satisfecho**”.

Sin emociones, sin conmoción, sin sentimientos, sin entusiasmo, sin pasiones, en suma, sin **afectividad espiritual**, ¿cómo sería nuestra vida?

En el proceso de los Ejercicios, la afectividad no posee un papel secundario. La espiritualidad ignaciana, centrada en la persona, aparece envolviéndola en todas sus dimensiones, promueve distensión, paz y alegría, propone un camino de plena

humanización, forma para la apertura a los otros y para la donación por amor, impulsa, en suma, a crear las condiciones para que la persona llegue a la madurez y se realice.

12) Todos sabemos que la falta de claridad y de sentido de la vida lleva al estancamiento. Los que lo padecen se desvían a la **mediocridad**, a la muerte de la creatividad y a la oscuridad del corazón. Esta enfermedad del alma envenena el ambiente, cansa el espíritu, hace bajar el nivel del humor y corroe la fuerza del amor. Se acostumbra a una vida cómoda y vacía.

El **mediocre** es aquel que renunció a la tensión del “**más**”. Fue siempre “prudente”, no comete excesos. La norma de su vida está constituida por el principio de evitar los extremos, sobre todo, en los momentos de realizar cambios o de asumir riesgos comprometidos.

“Ser como los otros” es su bandera. Para qué establecer metas elevadas cuando todos los días constatamos ¿cómo los ídolos caen de su pedestal? Más vale protegerse del peligro de la caída. Se sirve del anonimato de la masa para protegerse de la angustia de ser libre.

El **mediocre** representa el sistema; sabe sostenerse en la ola del momento. Tal como el camaleón, aprendió a adaptarse y a sacar partido de la situación. Acepta la realidad resignadamente. Equilibrio, diplomacia, término medio... Mientras tanto, si lo vemos en profundidad, por debajo de las apariencias, solo vanidad, exuberancia de palabras, ausencia de sueños, frialdad en las relaciones, legalista en el trabajo..., en fin, sin vida.

Cuando no se vive en profundidad se permanece en la rutina, el activismo sin sentido, el desánimo, el “vacío vital”; incapacidad de coger la vida con las propias manos y de darle una dirección más osada. El mediocre realista se siente satisfecho con su vida, pero “huele a muerto”.

La experiencia de los Ejercicios despierta en el ejercitante el sentido de la **gratitud** y de la **generosidad**. Precisamente porque percibe su vida como un presente, se vuelve a Dios entregándole “todo lo que tiene y posee”. Eso unido al sentido de lealtad y amistad lo lleva a rechazar todo tipo de **mediocridad** en la entrega y en el servicio. En la expresión ignaciana eso se llama “**magis**”, que imprime un dinamismo formidable a todo lo que se emprende. Marcado por la gratitud, la persona desea hacer siempre lo mejor. El “**más**” de San Ignacio es fruto de un amor apasionado y está muy ligado a la capacidad de soñar grandes cosas.

Movido por el deseo del “**magis**” y del “**mayor servicio**” brota en el ejercitante un dinamismo que lo lleva a estar siempre en **búsqueda**, con un corazón inquieto. El **discernimiento** es un modo de buscar para servir mejor. Quien discierne es un eterno y honrado buscador. Discernir es saber indagar y saber buscar, en medio de los cambios, la voluntad de Dios.

Ignacio vivió en una época y en un mundo de profundos cambios y rupturas; se sintió atravesado por una búsqueda insaciable, porque las cosas no estaban hechas. Por eso su espiritualidad es una **espiritualidad de búsqueda**.

La expresión **“buscar”** aparece 24 veces en los Ejercicios. En el interior del ejercitante se agudiza la dinámica de **búsqueda**, o sea, la actitud existencial permanente, una inquietud latente que lo hace peregrino del sentido. Tan fundamental como el respirar, toda persona necesita asumir su condición de navegante del infinito. Quien busca inventa, construye, crea, despierta la curiosidad...; el ser humano no se contenta con ser mero repetidor: busca respuestas diferentes, experiencias nuevas: Existe algo dentro de él que lo impulsa a ir siempre más allá. Porque busca es capaz de la renuncia, de la lucha, del empeño... Por es, **buscar** se vuelve un hábito de vida.

13) Vivimos bajo el signo del **mirar**, bajo el impacto de la **imagen**, de la sociedad del espectáculo. Nunca como hoy el **mirar** adquirió tanta soberanía y status delante de los otros sentidos; sin embargo, es el sentido más violentado por las imágenes vertidas sobre nosotros en todo momento.

El ser humano primitivo tenía un **mirar** limitado por sus necesidades; ya el ser humano posmoderno, debido a la complejidad de la vida, al progreso de la ciencia y la tecnología, se está quedando como un **mirar** truncado por las imposiciones artificiales creadas; cercenado en su **visión**, no siente la realidad; agredido por el cúmulo de imágenes, no se deja “afectar” ninguna de ellas. **“Ve”** todo y no **“mira”** nada.

La urgencia de “ver” todo llama la atención y el tiempo necesario para poder **“mirar pausadamente”**. Pobre **mirar**! Prisionero del sistema, es manipulado y no da sentido a la realidad captada, no rompe, no va más allá, no busca lo nuevo ni hace cambios...

Por tanto, un **mirar** desprovisto de sentimiento, de imaginación, de profundidad, de horizontes...

Entrenado para ver el mundo a través del lente de las grandes redes del poder, de la manipulación y de acuerdo con sus intereses, el **mirar** se estrecha, el mundo se vuelve opaco y la superficialidad de la visión no capta el “misterio” de las cosas y las personas.

La tecnología nos deja con la nuca rígida, la garganta dura porque perdió los movimientos y la flexibilidad para ver a los lados, encima, abajo y atrás. Se nos impuso una visera que restringe la amplitud del ver. Con eso, lo inusitado se nos escapa; perdemos el deslumbramiento, el espanto esencial.

El **“mirar contemplativo”** está perdiendo su fuerza creativa; marcada por la ansiedad de querer “ver” todo al mismo tiempo, la persona no es más capaz de hacer una “pausa”

para dejarse “ver” por la realidad. Marcada por el “mirar” del racionalismo cientifista, lo examina todo, compara, escudriña, mide, analiza, separa... pero nunca se “expresa”. De ahí un **mirar** reprimido, desviado, insensible, duro, frío, ríspido... Este es el pecado contra el **mirar**: mirar superfluo e inmediateista, mirar esquizofrénico y narcisista, mirar tibio, sin vibración, sin brillo, sin asombro... En ese mirar no hay lugar para la admiración, ni para la acogida y la presencia del otro. Solo existe un mirar que “fija”, esclaviza y aliena.

¿Pero a qué “nuevo mirar” somos convidados para desarrollar, a partir de la experiencia de los Ejercicios?

Es un **mirar contemplativo**, que libera la capacidad de admiración y de encantamiento con el mundo, la vida, las personas... Nos capacita para percibir la **acción** de Dios en la historia y en nuestras vidas: “Ver a Dios en todas las cosas y a todas las cosas en Él” (San Ignacio).

Y el mirar que despierta el deslumbramiento, que es la virtud del niño, la inocencia de la vida, la capacidad de ver, de aprender, de ser... Es el mirar limpio, de cara transparente, de memoria sin ensayo.

Todo es nuevo y por eso todo es maravilloso, porque todo se ve por primera vez. La capacidad de asombro es la medida de la vitalidad en el ser humano.

Tener un **mirar contemplativo**, significa “**mirar**” la realidad a través de todos sus lados, ángulos y rincones. Los **ojos** están ligados al **corazón** –ojos abiertos, claros y luminosos, ojos compasivos y acogedores-. Un **mirar** profundamente sensibilizado posibilita el encuentro de persona a persona, de corazón a corazón. Solo el **corazón** que abre el depósito de sus sentimientos dispondrá de un bello trampolín para contemplar el “**misterio**” escondido en la realidad. “Cuando el corazón está lleno los ojos se desbordan”.

“Existen dos maneras de prestar atención: con los **ojos** del cuerpo, ver las cosas visibles; y, con la **fuerza** del espíritu, contemplar las invisibles” (San Basilio).

Así, la **atención** lleva al reconocimiento de una Presencia, y éste conduce a la adoración. El **mirar atento** ve a Dios en el ser humano y ve el ser humano en Dios. El **mirar desatento** deja de aprehender esa relación; se cierra en la oposición entre lo visible y lo invisible y permanece extraño a estas presencias. El **mirar atento** transforma cada cosa “**dada**” en un “**don**”. Es de esa **atención** de donde será extraída la “alabanza, la reverencia y el servicio”. Por los demás, la **atención** constituye el momento único en que la inteligencia, el corazón y los sentidos pueden estar juntos.

14) El mundo posmoderno es movido por la **novedad** y por lo sofisticado, por la **apariencia** y la teatralidad. Todo vale. En la sociedad que se autoproclama y proclama las libertades de

derechos y deberes, de expresión e igualdad, también es donde late con fuerza una alienación muy profunda de falta de libertad.

Al **elegir**, se tienen que desechar opciones. El lema publicitario que mueve nuestra realidad es: “pruebe de todo y después elija”. Una falacia. De hecho, es la seducción del mundo del consumo donde la novedad y lo bello y la renovación deben ser constantes. Una conocida frase afirma: “renovarse o morir”, cuando, tal vez, sería mejor decir: “renovarse y morir”.

Porque en el efímero movimiento del bienestar, del consumo, de las diversiones, de las novedades..., el ser humano se desconcierta. El vacío se hace cada vez más profundo, aun cuando en su interior sea auto-engañe afirmando que esa es su libertad.

Ciertamente, **elegir** no está de moda. Y, es que, tal vez, tampoco sabíamos elegir. Conocemos muchas cosas, pero existe un vacío de sabiduría para saber decir **sí** o **no**. Una sabiduría de **criterios** de discernimiento. Y al decir “sí” o “no”, saber reconocer sus consecuencias. En algunos casos, que sean incomprendimientos, fracasos, en otros, iluminaciones y motivaciones.

Ejercer la libertad no es admitir que todo vale. Quien así creyó o entendió llegó a los holocaustos, totalitarismos, guerras mundiales... destruyendo millares de vidas. **Elegir** no es fácil, pero en la dificultad se encuentra una sabiduría de pensamiento, una profundidad de vida.

Son las **decisiones** las que **hacen a las personas**. Forman su **personalidad**, definen su **carácter** e integran su **vida**. La **base** de la persona son sus **decisiones**, sus determinaciones, lo que hace con su vida al escoger el camino día tras día, al rechazar alternativas y avanzar en la ruta. Son “**significativas**” las **decisiones** que imprimen cierta dirección a su vida, que la construyen día a día. Es verdad que las **elecciones** en la vida son para las **grandes ocasiones**. Pero también lo son para las **pequeñas**.

El ejercicio constante del **arte de decidir** tiene mucha importancia, no solo por la extensión diaria de sus oportunidades como porque también esto constituye la mejor preparación para el momento de los “**grandes giros**”. Las pequeñas **decisiones diarias** son la **trama** misma de la vida, el **clima** del alma y la **temperatura** del espíritu; definen, momento a momento, la actitud interna y crean el **estado permanente** que define el **arte de vivir**.

El **acto de decidir** es el más noble y profundo de todos los actos del ser humano, la propia **definición** de la persona y la **expresión** última de su dignidad. Y precisamente, porque es **noble** y **profundo**, definiendo la persona y constituyendo su dignidad, es difícil y penoso y lleva a la lucha y al peligro. Por eso nuestra reacción instintiva al enfrentar una **decisión** es tratar de **evitarla, disimularla, atrasarla**.

En nuestro contexto posmoderno “se toman más decisiones por no tomarlas (que ya es una decisión) que por tomarlas”, por acomodación más que por acción, por dejar que las cosas sigan su curso que por intervenir directamente para cambiarlo; y estas **decisiones** en el vacío, son, generalmente, las que menos conduce al fin deseado.

La **no decisión** es la peor de las decisiones; la **inercia** voluntaria es una enfermedad mortal. Miedo de **comprometerse**, miedo de **definirse**, miedo de **equivocarse**, miedo de **enfrentar**, miedo de **tener que actuar**, miedo de **hacer opciones**, miedo de **ser alguien**.

El miedo ciega los canales de discernimiento, inmoviliza el mecanismo de las decisiones.

Quien teme no puede escoger bien. Bajo la influencia del miedo, el mirar, el pulso, el equilibrio dejan de ser lo que deberían ser.

El ambiente se turba y la elección se frustra.

Una **decisión** (o elección) que no tiene raíces profundas, o sea, que no brota del contacto con nuestro **yo** interior, es efímera. Es desde las profundidades de nuestras entrañas de donde nacen las “**preguntas**” existenciales más decisivas e inquietantes: *¿qué debo hacer?*, *¿qué profesión escoger?*, *¿en qué estado de vida?*, *¿qué opciones concretas asumir?*, *¿qué valores internalizar?*...

En nuestro contexto actual, somos empujados constantemente hacia afuera de nuestro ser más interior, e incentivados a dar “**respuestas**” en vez de oír las “**preguntas**”.

Muchas veces procuramos sin descanso, respuestas, yendo de puerta en puerta, de libro en libro o de maestro a maestro, sin que hayamos escuchado con cuidado y atención las “preguntas” del interior.

La manera acertada de tomar **decisiones** y adquirir, primero, la mayor **libertad interior** posible de todo tipo de miedo, fobias, preconceptos y complejos, saberse en equilibrio y confiar en la **inclinación** del corazón delante de las oportunidades que se presentan.

Liberarse primero de todo lo que puede viciar la **elección** y alcanzar la **transparencia** y el **equilibrio** del cielo abierto y del mar en calma hasta horizontes amplios. Entrar, después, en contacto con todo lo que hace parte de la **elección**, por dentro y por fuera, de cerca y de lejos, con el corazón dueño de sí mismo y en presencia de Dios, **eje central** de toda esta realidad de la que formamos parte al decidir la vida. Y finalmente, con **confianza** en nosotros mismos y en Dios, que nos guía, aflojar las riendas del **corazón**, tratar de ver el camino instintivo y **lanzarse** a él con alegría.

Ese es el camino de los sabios y de los santos.

Cada uno de nosotros **experimenta** como hechos, acontecimientos, personas, vivencias nos estimulan, nos provocan, nos incitan; en una palabra, nos “**llaman**”; nos piden una **decisión**, una **opción**. “*Ver a Cristo nuestro Señor, Rey eterno, con el universo entero delante de Él, que llama a todos y a cada uno en particular...*” (EE. 95).

San Ignacio intuyó que la vida es **dinamismo** y **elección** y que el ser humano se juega su destino en las elecciones que hace. Y la vida está llena de ellas. Por eso es importante **elegir** bien, “*deseando y eligiendo solamente aquello que más nos conduce al fin para el que somos creados*” (EE. 23).

El ser humano no nace definido, **se define eligiendo**. Y la elección acontece en el ritmo de la vida; allí **actúa**, porque **eligió**; y porque **eligió** va definiendo su vida, va haciéndose a sí mismo. La **elección** implica una **reorganización vital** que orienta toda la actividad y la evolución posterior de la persona; se trata de la propia **vocación**, de la orientación personal, irrepetible, única, original... Significa una **cualidad de la vida**, o sea una manera personal y original de vivir el seguimiento de Jesús.

El **discernimiento ignaciano** es una mediación de la primera grandeza en el desarrollo de una sensibilidad que nos ayuda a oír nuestras propias voces interiores. En esa línea, los **Ejercicios Espirituales** de San Ignacio no son solamente una ayuda para decidirse una vez en la vida, sino para crear un **contexto vital y permanente** dentro del cual acontecen las **decisiones**; ayudan a mantener un **clima** favorable en el que se toman las **decisiones**, a cualquier hora y en cualquier circunstancia; son un **instrumento** para hacernos vivir en un estado constante de **atención y vigilancia** que nos vuelva fácil y natural pisar el camino que es necesario seguir en cualquier momento.

“Un cristiano es una persona que vive en estado de elección”.

Lo importante es esto, el “**estado**”, o **proceso**, la **continuidad**, el estar siempre a **tiempo**, siempre **alerta**, siempre **preparado**. Ya no se trata de hacer **elecciones**, sino de vivir en “**estado de elección**”. La **vida entera** se convierte en una continua **elección**; el equilibrio, el contacto, la libertad, la generosidad, cada nervio sintonizado, cada músculo en forma. Y así entramos en la vida y afrontamos mil situaciones. Cada pequeña **decisión** es una satisfacción en sí misma y una preparación para la siguiente. **Siempre adelante**. Avance que puede cambiar de dirección en cada instante. Siendo dueños del camino, porque somos dueños de nosotros mismos.

15) En todo ser humano siempre hay reservas y reductos de **bondad** y **compasión**, dormidos muchas veces, pero que pueden ser activados por el sufrimiento de otros. En las personas que sufren, en los crucificados de la historia, en los excluidos de la dignidad, existe algo que atrae y convoca, que nos inquieta, que nos puede hacer salir de nosotros mismos; ahí está el origen de la **solidaridad**. Junto al sentimiento ético de hacer algo, aparece lo más profundo y decisivo: el sentimiento de **proximidad** con las víctimas de este mundo.

La cultura **posmoderna** defiende una **solidaridad** que se encajona en lo “*políticamente correcto*”, que no crea problemas, que no toca la transformación social... La **solidaridad** se entiende como **precio**, como **valor** rentable, como si se tratara de una mercancía.

Solidaridad como **espectáculo**, solidaridad como **campaña**, solidaridad como **consumo**... Aquí no existen conflictos sociales, sino solamente **desgracias** ocasionales, enmascarando los problemas sociales, políticos y económicos de fondo y pretendiendo solamente provocar reacciones emocionales y sensación de utilidad.

Son modelos de **solidaridad** que se clasifican como “**altruismo sin dolor**”: la solidaridad vale si no cuesta sacrificio y esfuerzo y el compromiso es mínimo. Son ayudas humanitarias que no resuelven los problemas ni sus causas estructurales.

En la **experiencia** de los Ejercicios Espirituales, san Ignacio nos sugiere algo que es de una importancia decisiva. O sea, que en la **experiencia** auténtica de Dios, encontramos el impulso más fuerte, más decisivo, más liberador para responder, sin ambigüedades al llamado de los **excluidos**.

Es precisamente la fuerza de la **experiencia de Dios** la que nos da la capacidad de vencer todas las resistencias internas y externas que nos aconsejarían hacer “*oídos sordos*” a los gritos de los que sufren.

Ante el clamor de la angustia, ¿cómo no sentir compasión y solidaridad para con los “*perdedores*” de la historia? La necesidad de **mirar** al excluido y de **sentir** su exclusión como una interpelación y un llamado, no es para nosotros moda, ni sectarismo, ni ideología, sino el núcleo mismo de nuestra experiencia espiritual tal como aparece en los **Ejercicios Espirituales** y tal como la vivió San Ignacio. En los Ejercicios Espirituales se encuentra un inherente potencial, fuente de inspiración para el servicio de la **justicia**.

En la perspectiva ignaciana, por tanto, la **opción por los pobres** no está vinculada a un voluntarismo ascético-moral, sino a un camino en el cual el ser humano se desvela como persona guiada por el principio **compasión**, sensible al sufrimiento de los otros y feliz por compartir su ser y sus bienes con los desposeídos.

La moción de **compasión** permite que del corazón humano brote la “**excentricidad**”. La experiencia ignaciana no nos inmuniza contra la contaminación del “*amor propio, querer e interés*”; sino el impulso solidario y compasivo con el pobre y excluido, permanente y profundo, se convierte en el horno que purifica la insaciable autoafirmación e intereses que tenemos todos, y que va gestando, poco a poco, personalidades excéntricas, libres del dominio despótico del “**ego**”.

La experiencia de vivir permanentemente bajo la mirada compasiva del Dios Trinidad (contemplación de la Encarnación) nos permite descubrir que “**el ser-com**” y “**el ser-para**” es la auténtica condición humana que se disloca en dirección al otro, en el arte de dejar y abrir lugar al excluido, al extraño, al que “sobra”.

La **solidaridad** deja de ser “**ocasional**” y pasa a ser un “**estilo de vida**”, fundado en el **modo** de vivir de Jesucristo. La solidaridad como **encuentro** significa encontrarse con el “*mundo del sufrimiento y de la injusticia y no permanecer indiferente*”.

Y significa “*vivir de modo que la **solidaridad** constituya un pilar en nuestro proyecto de vida*”. Así, la solidaridad como **encuentro** hace de los destinatarios de nuestra acción los auténticos protagonistas de su proceso de lucha por lo que es justo, por la solución de sus problemas, por la consecución de su autonomía personal y colectiva.

Nos encontramos aquí delante de la razón ética originaria que no se basa tanto en una comprensión de la realidad, sino en la **compasión** con la persona del “**otro**”, excluido, dominado, marginado... El involucrarse con el “**otro**” (excluido, pobre, marginado...) nos conduce a la autenticidad, la liberación de los apegos y de la avaricia, la libertad para dar y recibir y a una inmensa felicidad.

El **encuentro** con el “**otro**” marginado da un “**toque**” especial a nuestra espiritualidad y nuestra espiritualidad hace nuestra acción más radical, más enraizada en sí misma yendo más a fondo a las raíces de la injusticia. Aproximarse al “**pobre**” y dejarse “**afectar**” por su sufrimiento se vuelve la mayor fuente de nuestra espiritualidad. Sus “**flaquezas**” suscitan en nosotros lo mejor de nosotros mismos y al involucrarnos afectivamente en su vida hacen que vivamos un compuesto de **ternura e indignación** al que llamamos **compasión**.

En las experiencias de “**convivencia**” con los pobres adquirimos los valores evangélicos de la capacidad de celebrar, de la simplicidad, de la hospitalidad... Tienen un modo de traernos de vuelta a lo **esencial** de la vida. Son una fuente de **esperanza**, una fuente de **autenticidad**. Se vuelven nuestros **amigos**. “*Nuestro compromiso de seguir al Señor pobre, naturalmente nos hace amigos de los pobres*” (San Ignacio de Loyola).

16) Vivimos en una época de **contrastos y contradicciones**, de posibilidades y frenos, de sueños y pesadillas, de comunicación y soledades, de miedos y amenazas, en la que las seguridades se diluyen. Es esta una época de indefinición, marcada por transformaciones constantes y rápidas. Una época de globalización y de lucha por las identidades. La información es intensiva y las distancias difusas. Una época de valores cambiantes y diferentes vías políticas; un tiempo pos-ideológico, estético y pragmático, de grandes posibilidades y enormes desigualdades, de imaginación e imagen; un tiempo en que lo virtual y lo real tienen fronteras porosas y en el cual se vive rápido, experimentando todo y conjugando los verbos en tiempo presente, donde el olvido es veloz y el futuro es inmediato. Hoy tenemos la sensación de llegar a

todas partes, vemos todo y sabemos todo; sin embargo, es esta una época de enorme **soledad**. Cuanta más información tenemos los unos sobre los otros, paradójicamente es cuando estamos más solos.

Uno de los rasgos que caracterizan nuestras sociedades occidentales posmodernas y que marca de manera decisiva la dinámica colectiva es la de la ausencia de los **proyectos colectivos**, con la consecuente exaltación del individualismo. Son escasos los modelos sociales de nuestros días que remiten a proyectos colectivos, altruistas...; los modelos sociales que tenemos remiten más al éxito, como realización de aspiraciones meramente individuales. En la actualidad, las dificultades parecen venir acentuadas por la exaltación narcisista que impide el descentramiento y la renuncia frente a cualquier proyecto utópico y el escepticismo delante de todo modelo de identificación que se propone.

Actualmente es más difícil encontrar la **identidad** a través de un núcleo unitario de referencias ideales, sea en el campo político como en el campo ético-religioso.

Los **valores** dejaron de ser orientados por las fuentes de las instituciones y encontraron su centro esencialmente en el propio sujeto y en sus aspiraciones individualistas.

Nos encontramos así delante del llamado síndrome de “**difusión de identidad**” o “**identidad difusa**” como un barco vacío sacudido por las olas. Son los valores del mercado, de la competencia, de la productividad y del pragmatismo los que esencialmente van configurando las **identidades**, dejando de lado o minimizando las que presentan un perfil social o comunitario. El consumo se constituye así en uno de los principales procedimientos de identificación y el poseer, consumir e incorporar se presentan como las vías más directas para la conquista de la felicidad y la libertad. Por otra parte, las exigencias se dislocan hacia el polo de la imagen, de la belleza corporal, del prestigio de “marca”, en el cual la persona permanece reducida a su sola apariencia física. Tener éxito a cualquier costo es la meta que preside buena parte de la construcción de identidad en nuestros días.

Este contexto de pluralidad hace que todos se pregunten sobre la **identidad: ¿“quién soy yo? ¿quiénes somos nosotros?**

Como ignacianos que somos, no estamos protegidos de los vientos del momento en que vivimos; quien no se define muere. Por eso, somos desafiados a hablar de nuestra **identidad** y adentrarnos en las profundidades de la vida ignaciana, para presentar en un contexto global y totalmente cambiado, cuál es nuestro rostro hoy. Frente a estas propuestas de **identificación** que rigen nuestras sociedades la interrogación que se presenta es el siguiente: *la invitación que Ignacio pone en boca del Rey Eterno (EE: 95) ¿puede echar raíces en la sensibilidad de los hombres y mujeres de nuestros días?*



En el “**ejercicio del Reino**” (EE. 91-98) el llamado del “Rey temporal” pretende estimular la identificación con la persona de Jesús partiendo de una realidad que podemos fácilmente visualizar; tal llamamiento sirve de puente y ayuda para “contemplar la vida del Rey Eterno”. Un **liderazgo** con capacidad de movilizar los mejores deseos de muchas personas, presenta un proyecto colectivo, universal, y que invita a un compromiso de grandes exigencias, donde están de esquina los puros intereses personales.

Se trata de promover un **descentramiento** y una sensibilización a la **alteridad**. Para Ignacio, tal proyecto puede movilizar las dimensiones más idealistas y utópicas de la personalidad y *“si alguien no aceptase la petición de tal rey, cuánto sería digno de ser censurado por todos y tenido por perverso caballero”*.

Solamente de este modo es cómo se provoca en nosotros la adhesión a Jesús, a su persona y a su proyecto. Porque no se trata de despertar en nosotros una mera vinculación afectiva, íntima y personal. Se trata de una vinculación que desencadena una dinámica operativa de seguimiento en un proyecto histórico, en una misión concreta de lucha por la instauración del Reino de Dios. No es, por tanto, el seguimiento individualizado de un Jesús mítico en la búsqueda de una salvación meramente personal. Es llamado para una acción en un proyecto colectivo.

Es un Rey que llama (*“quien quiera venir conmigo, ha de trabajar conmigo...”*), símbolo, por tanto, de una colectividad en la que nos debemos sentir insertos. Es un proyecto que mira “todo el universo” y solamente dentro de esta visión es como encontraremos el sentido pleno de nuestra misión.

Esta **misión** a la cual el Rey Eterno llama, no puede ser llevada a cabo de cualquier modo. La identificación solo es verdadera cuando da lugar a un sentir, pensar, valorar y obrar como el propio Jesús. Es necesario revestirse de un estilo, de un modo de pensar, de una manera de vivir, que son propios de Aquel a quien seguimos (*“ha de contentarse con imitarme en el comer, beber, vestir, etc...”*).

Esa es la ley estructural del **seguimiento**: hacer todo “**como**” Jesús. Esa identificación con Jesús desemboca en un proyecto de carácter universal. En otras palabras, somos movilizados a una íntima con Jesús de tal modo que de ella brote una transformación de nuestra propia identidad y, a partir de ahí, de lugar también a una dinámica de seguimiento en un proyecto histórico de carácter universal que trascienda en gran medida los intereses del propio yo. Por tanto, nuestra verdadera **identidad** en cuanto ignacianos nos es dada por la **identificación** con Jesús.

De la **identidad**, asumida y vivida, es de donde brota la **misión**. O sea, ¿**qué** hace que nuestra misión sea específicamente ignaciana y centrada en el llamado de Cristo, el Señor, delante de quien deseamos no ser sordos sino receptivos y llenos de entusiasmo?

La **identidad** hace parte de la **misión**, está en función de ella, la inspira, la anima y es configurada por ella. Con eso queda claro que **identidad** y **misión** son inseparables, así como la unidad insuperable entre **ser** y **hacer**. No es suficiente continuar adelante con la misión si no hacemos como Ignacio y sus compañeros lo hicieron: abrazados con el amor de Dios que los envió al mundo, para amarlo con ese mismo amor.

Tener una **misión** sin una **identidad** que la inspire es caer en el activismo, en el tareismo, en la acción insensata, o sea, sin sentido, sin motivación y sin horizonte (¿para qué? ¿para quién?).

Por otro lado, una identidad que no se expresa en la misión es vacía, está carente de humanidad y se cierra en un intimismo alienante. Por tanto, la identidad ya es misión y la misión es revelación de la identidad.

Aquí está el corazón de la **identidad ignaciana**: estar siempre totalmente **enraizado en Dios** y simultáneamente **inmerso en el mundo**. Como ignacianos vivimos de una Gracia superabundante que nos inclina a ver el mundo con los ojos de Cristo, amándolo con Su corazón y sirviéndolo con Su compasión.

Lo que de verdad nos impulsará hacia adelante -siendo fieles a nuestra rica herencia, como "llamas" de aquella primera "llama"- es la **oración** y el **servicio**: devoción total a Dios y devoción total al mundo de Dios. No somos nosotros los incendiaremos el mundo, sino el calor del amor de Dios, con preferencia siempre por aquellos que está excluidos o marginados. En sus rostros encontraremos el rostro de Dios; en el rostro de Dios encontraremos sus rostros; esta es la única forma de avanzar.

17) Huecos en la capa de ozono, cambios climáticos provocados por el efecto invernadero, inundaciones diluvianas, sequías prolongadas y devastadoras, desertificación de inmensas áreas, erosión de suelos fértiles, desaparición de bosques debida a la deforestación y a las lluvias ácidas, ríos enarenados y contaminados debido a las alcantarillas domésticas y a los detritos industriales, aire irrespirable por la presencia de monóxido de carbono y otros gases venenosos, contaminación sonora y visual de las grandes ciudades, crecimiento y acumulación de basura urbana e industrial, agotamiento de las fuentes de energía no renovables y de los lechos freáticos de agua, extinción continuada y creciente de especies vegetales y animales, poniendo en riesgo la biodiversidad y el equilibrio de los ecosistemas son pecados de nuestro día a día.

La **crisis ecológica** es la propia crisis del ser humano. Nuestra "**oikos**" (casa) está en ruinas, debido a la manera como la habitamos. Arrancamos pedazos para satisfacer nuestros intereses individuales y no nos damos cuenta que estamos destruyendo nuestro propio hábitat (cf. Is. 24). La naturaleza no es más una realidad para ser

conocida en sí misma, contemplada, sino una realidad en la cual el ser humano puede interferir para el propio provecho.

“El ser humano transformó el Edén en un matadero y el Paraíso ocupado en un paraíso perdido. Él, hasta hoy, viene desempeñando el papel de un asesino planetario, preocupado solo por su supervivencia a corto plazo; ya sacrificamos buena parte de la biosfera; la ética de la conservación, en forma de tabú, de totemismo o de ciencia, casi siempre ha legado tarde por lo demás” (Edward Wilson).

La experiencia ignaciana de los Ejercicios despierta una **“actitud contemplativa”** que nos impulsa a buscar y encontrar a Dios en todas las cosas de la naturaleza y de la vida humana e histórica. La recomendación ignaciana *“y sean frecuentemente exhortados a procurar en todas las cosas a Dios nuestro Señor... amándolo en todas las cosas, y amando a todas en Él”* (Const. 288) no significa frialdad y distancia de la Creación, sino su máxima defensa y cuidado.

Para **amar** bien a todos y a todo es necesario, antes, **amar** a Alguien sobre todas las cosas. Pues bien, esa posibilidad es para San Ignacio y manifestación de la consolación divina.

En ese sentido, la **espiritualidad ignaciana** va más allá de una determinada experiencia religiosa; se expresa como una **“actitud amorosa”** para con todas las creaturas.

El Universo entero es un inmenso altar, en el cual podemos contemplar la presencia del Creador.

La **espiritualidad ignaciana** reconoce una inmanencia de Dios en el cosmos; hay una divinización del universo, en cuanto Dios está presente en Él. Dios está en todo, todo está en Dios, todo se refleja dentro de Dios. El Universo no es indiferente a Dios, pues está en Su corazón y pertenece al Reino de la Trinidad.

La **Creación**, como don recibido de Dios, se sitúa en el plano de una **“sacralidad”** fundamental.

Lo **sagrado** invade todos los aspectos de la vida y la creación. Es una experiencia de interioridad, de intuición, de contemplación, de un hacer contemplativo, de la presencia escondida de lo divino, de la sacralidad de la naturaleza, del sentido de comunión, de totalidad y solidaridad con todas las manifestaciones de vida y con todos los seres.

San Ignacio considera a Dios **“habitando”** en las creaturas, dándoles el ser, a las plantas dándoles crecimiento, a los animales la sensación, a los seres humanos el entendimiento (EE. 235).

Presencia operativa y de amor, porque **“Dios es amor”**, y siendo **amor**, irradia vida, gracia, don...

Como todo está unido umbilicalmente a Dios, es a partir de Dios como encontramos el **todo**. Dios penetra en el corazón de cada cosa y cada cosa se encuentra en Dios. La experiencia de los Ejercicios nos ayuda a descubrir ese **Dios** que está presente en todas las cosas, pero oculto bajo mil señales. El Universo es un gran **sacramento**; la Materia es **sagrada**; la Naturaleza es **espiritual**, porque es **Templo de Dios**.

La **espiritualidad ignaciana**, en la perspectiva ecológica, trata, por tanto, de recuperar la **sacralidad** fundamental de todas las creaturas. El horizonte de la Creación, revelado por el **“Principio y Fundamento”** y por la **“Contemplación para alcanzar amor”** suscita en el ejercitante una actitud **sabática** de adoración.

De hecho, en la perspectiva bíblica, el punto alto de la Creación es el **Sábado** a partir del cual se entiende la relación y la comunión del ser humano con la naturaleza, en una actitud de permanente **alabanza** (espanto, admiración delante de la **belleza** de la Creación y de la **presencia** divina que la conduce a la plenitud). El principio y fundamento expresa, por tanto, una actitud espiritual ecológica.

En la Contemplación para alcanzar amor, San Ignacio lleva al ejercitante a percibir la íntima presencia de Dios en la Creación. Y de ella fluye una actitud de respeto, armonía y sintonía. Las cosas, el mundo, la naturaleza, los otros, yo... existimos **en** Dios, no aisladamente, sino paralelamente, no superpuesto... “Nuestra vida está escondida con Cristo **en** Dios”, dice San Pablo.

Es a partir de este telón de fondo como podemos comprender el significado de la expresión “las otras cosas sobre la haz de la tierra son creadas para el ser humano... (EE. 23).

La **espiritualidad ignaciana**, en la perspectiva **ecológica**, se opone al utilitarismo de la naturaleza. La **naturaleza** no se ve únicamente, como una mediación creada solo para servir al hombre, sino también como un lugar y medio para **“alabar, reverenciar y servir al Creador”**.

El ser humano al sentirse en comunión con la naturaleza, se manifiesta en el acto creativo de Dios, conservándole la vida y colocándola al servicio de los demás. Siendo **“creado y creativo”**, el ser humano denuncia la destrucción y muerte de la vida de la naturaleza y de sus hermanos, y anuncia un Reino de vida y de armonía entre todas las creaturas. Acoge el don de la **presencia divina** a través de una respuesta oblativa y contemplativa y nunca como déspota que usa y abusa de las creaturas.

Es esta la **“experiencia mística”** que brota de la relación con la naturaleza; se sumerge delante de la belleza de la naturaleza hasta el corazón del cosmos, sintiendo que palpita ahí una **vida mayor**.

En ese sentido, la **espiritualidad ignaciana** es la que nos ayuda a superar las **dicotomías** en la búsqueda de la unidad y la totalidad: ciencia y mística, mundo físico y espiritual, cuerpo y espíritu, cielo y tierra... todo se encuentra en profunda armonía y en íntima intercomunicación.

Tal experiencia nos propicia una fecunda mística **cósmico-ecológica**. Nos sentimos conducidos por la fuerza del Espíritu que alimenta las energías del universo y nuestra propia energía vital y espiritual. La **espiritualidad ignaciana** no es, por tanto, “**pensar**” a Dios, sino “**sentir**” a Dios como El que sobrepasa todos los seres, divinizándolos, interligándolos, favoreciendo la relación, la vida, la comunión... rumbo a horizontes cada vez más abiertos.

Ecológicamente hablando, la **espiritualidad ignaciana** despierta en nosotros una **doble mirada**:

- Volviéndonos al origen de todo, podemos encontrar la **Fuente creadora**, de donde brota la alabanza, el canto de admiración y asombro por la belleza y riqueza de las obras creadas;
- Volviendo a mirar hacia nosotros mismos, nos sentimos sumergidos en una gigantesca comunión con todo el universo.

Comunión que nace de una experiencia mística de **encuentro** con el Señor de la creación, por medio de las cosas creadas, revestidas de sacralidad trascendente.

Aquí ya no cabe más ninguna actitud de dominación, de explotación, de depredación. El **cuidado** y la **belleza** del universo se imponen al deseo consumista desenfrenado, desencadenando un nuevo paradigma de relacionamiento con el conjunto de la Creación.

XXXX

Podemos hacer alusión a la imagen del **alpinista** que necesita de **apoyos** para emprender su tarea de escalar montañas (gafas, ganchos, martillo, cuerdas...). Nosotros también necesitamos de ganchos para el camino espiritual. Pocos ganchos significan una situación de desequilibrio y peligro.

Los EE. Nos posibilitan una espiritualidad encarnada e integradora de las diversas dimensiones humanas (física, psíquica, espiritual, social, política, etc.) que se desenvuelven a través de la lectura orante de la Palabra de Dios, de la vida comunitaria, de la pastoral comprometida, de la profesión, del ocio, de los tiempos de silencio, retiros, del encuentro con el pobre y el que sufre, del cultivo de amistades revitalizantes y otros más.

¿Cuáles son los ganchos que sostienen nuestra vida marcada por la mística ignaciana?

Si la **espiritualidad ignaciana** nace de una experiencia de Dios en el seguimiento de Jesús necesitamos de mediaciones (ganchos) para mantenernos en la actitud de hacer el camino y la itinerancia espiritual, también es verdad que necesita de cortes. La lógica del Evangelio presupone pérdidas, renunciadas, podas, para concentrar nuestras energías en lo esencial. Cuando tenemos mucho equipaje para llevar caminamos lentamente y con mucha dificultad. Nos cansamos con facilidad.

* * *

Notas del Traductor

1. Las LETRAS de la **A** a la **Q** se han cambiado por NÚMEROS del **1** al **15**, para facilitar al lector, sus referencias.
2. Se ha tratado de ser lo más fiel posible en respetar la presentación material, empleada por el autor, pero aquí se han hecho pequeños cambios.

Fin